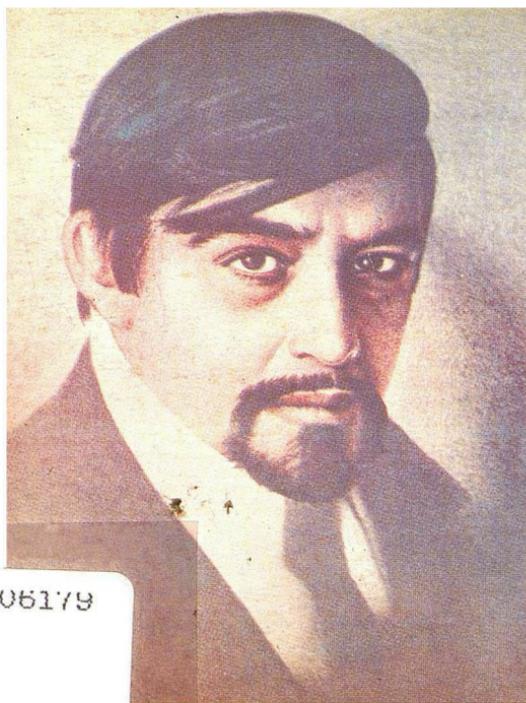


La hora y el sitio

Antología poética

José Carlos Becerra



906179

1M
03
07
2

Gobierno del Estado de Tabasco

José Carlos Becerra

LA HORA Y EL SITIO

ANTOLOGÍA POÉTICA

Gobierno del Estado de Tabasco

FT
861M
B424
H674

FT
861M
B103
H907
EJ.2
NT. 906179

Becerra, José Carlos (1936-1970)
La hora y el sitio: antología poética / José
Carlos Becerra.-
Selección: Jorge Priego Martínez.
Prólogo: Francisco Javier Payró García
Villahermosa, Tab.: Gobierno del Estado de
Tabasco, SECURED.
2006
82 p.

1. Poesía mexicana - Tabasco.
2. Escritores mexicanos - Tabasco. I. T.
(Catalogación en la fuente: CPSL)

Primera edición 2006

D. R. © José Carlos Becerra
D. R. © 2006 de la presente edición
Gobierno del Estado de Tabasco
Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte
Calle Sánchez Magallanes 1124, Centro, C. P. 86000
Fraccionamiento Portal del Agua,
Villahermosa, Tabasco, México.

Diseño editorial: Imprenta Yax-Ol, S.A. de C.V.
Portada: José Carlos Becerra, por Fontanelly Vázquez
Diseño de: Héctor de Paz

ISBN 968-889-317-X

Consejo Editorial: Guadalupe Azuara Forcelledo, Agenor
González Valencia, Miguel Ángel Ruiz Magdónel, Francisco
Magaña y Jorge Priego Martínez.

Impreso y hecho en México.

LA HORA Y EL SITIO

**ANTOLOGÍA POÉTICA
DE JOSÉ CARLOS BECERRA**

Selección de Jorge Priego Martínez

216091

Nota editorial

La obra del tabasqueño José Carlos Becerra se ha convertido en una de las más importantes de la literatura contemporánea de México; sin embargo su quehacer poético no es tan conocido entre las nuevas generaciones de lectores, a pesar de la calidad incuestionable del mismo.

Con motivo de conmemorarse en 2006 el 70 aniversario del natalicio de José Carlos Becerra (Villahermosa, Tabasco, 21 de mayo de 1936-Brindisi, Italia, 28 de junio de 1970), el Gobierno del Estado de Tabasco, a través de la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte, realizó la presente edición, que conjuga la visión de dos generaciones de lectores: la selección efectuada por Jorge Priego Martínez y el ensayo de Francisco Javier Payró García.

En este sentido, el propósito fundamental de la presente selección es que llegue a manos del gran público, principalmente de los jóvenes, para que disfruten la obra de uno de los más grandes poetas nacidos en Tabasco.

José Carlos Becerra: Una aproximación a su obra poética

Hemos de admitirlo, en la poesía actual priva el desencanto, la marginalidad, lo deshabitado. Escribir ahora, parafraseando a Rimbaud, equivale a una especie de morir antes mientras se resiste a la inclemencia de la contemporaneidad. Ante esa sensación, la mala escritura de nuestros días se caracteriza por las apariciones súbitas y ajenas por completo al texto. El poeta se vuelve así una especie de errante para el que el poema ha dejado de ser en definitiva un objeto más dentro de todos los objetos naturales creados. Pierde por ello mismo su origen y se entrega a un vagabundeo interminable que conduce finalmente a que el poema pierda al titular del habla en el texto. Ya no hay identidad en él, hay por el contrario muchas identidades. La poesía se torna ante ello fatalmente poco imaginativa, sin alternativas como futuro, y de ser una poesía de la mera existencialidad.

¿Cómo situar la obra poética de José Carlos Becerra, en estos tiempos de pesadumbre y desencanto para la poesía contemporánea? Aunque corta –debido infortunadamente a su prematura muerte– la obra de Becerra es uno de los especímenes más raros de los que pueda tenerse memoria en la poesía mexicana de los últimos años. Abrirse paso a través de ella es asistir a un esclarecimiento poco usual de la realidad, ser testigo conspicuo de acontecimientos y emociones, enlazados por una simbiosis de musicalidad y arrogancia en el lenguaje. Ya Octavio Paz, en aquel memorable prólogo de *Poesía en movimiento*, asentaría sin reservas el carácter tipológico creativo del joven poeta: “No sé si eso sea bueno o malo pero su seguridad es pasmosa. No es el juego en libertad; es la brasa. La mirada ardiente del fuego, el lingote al rojo blanco...”

En efecto, Becerra es concentración, pero también acercamiento a mundos distantes, paisajismo desbordado.

Localismo y universalidad. Religiosidad plena entregada a la búsqueda de una melodía sonora sostenida entre palabras. La introversión de su poesía trastoca sus propios límites para desembocar felizmente en esos cuerpos que legaría a sus lectores después de haberlos hecho madurar con el tiempo.

Aparecido en 1967, *Relación de los hechos*, el primer libro publicado de Becerra, constituyó en su momento una revelación espléndida a los ojos de la crítica. No fue en ningún sentido un libro convencional matizado con algunas cuantas apariciones súbitas de talento; todo él es un enhebrado continuo de imágenes a través de las cuales resalta la fuerza descriptiva y el sugestivo poder rítmico de versos contruidos sobre la base de pies métricos con largo aliento. En ellos Becerra se cuestiona sobre significados tan disímbolos como inesperados: el amor, la vida, la muerte, el encuentro, la espera, las pasiones humanas y la incesante búsqueda interior tienen cabida dentro de ese embriagador conjunto de metáforas, situadas en un mundo perfectamente intemporal y plagado de alegorías. Por algo Gabriel Zaíd (1974) celebraba efusivamente el arrojo y el vigor de *Relación de los hechos*, novedosa concepción poética dentro de la creciente lírica juvenil de los años sesenta en México.

[...] No siempre sale bien parado el sentido crítico en *Relación de los hechos*. El lenguaje se lleva, aquí y allá, al poeta haciéndolo decir sin querer, con un arrastre que no es todavía la gracia del lenguaje que se expresa "el mismo" liberado por el poeta. Pero esa gracia está ahí. Si el gusto por los grandes espacios metafóricos, por las frases largas, melancólicas y que llenan la boca, es un peligro constante que en relación con los hechos es también su fuerza. (*Leer poesía*, pp. 124-125)

En *Relación de los hechos*, el lenguaje es un festín trasfigurado en referencias nostálgicas del pasado. El diá-

logo, la enunciación de la voz poética, la interioridad y la reflexión se entrecruzan, violentamente en ocasiones, para construir por sí mismas una apartada región cosmogónica, iluminada inexorablemente por una sombra de melancolía ante lo que ha sido envuelto en los confines del ayer. Becerra traspasa la realidad a conveniencia y la trasgrede para amoldarla a ese piélago de vicisitudes que es la vida misma “La ‘suntuosidad negra’ de sus poemas juveniles –ha escrito Octavio Paz– se concentra en un lenguaje metálico, más hecho para perforar la realidad que para celebrarla.”

Cierto, habría que reconocer en esta poesía la influencia de poetas barrocos como el francés Saint-Jhon Perse y el cubano José Lezama Lima, cuyos gustos por llevar el verso hacia las cumbres de la expresión lingüística rayaba en la exageración de las posibilidades verbales del idioma y en la absoluta libertad para nombrar lo poetizado. Los poemas de *Relación de los hechos* y de *Oscura palabra*, publicados estos últimos algunos años antes de la publicación de aquellos, intensifican ejemplarmente tal concepción estética al trasladar hacia el plano estilístico todo un sistema elaborado de recursos morfosintáticos, propios de la llamada “poesía al aire libre”, incitando así al disfrute melódico de los versos mediante una lectura hecha en voz alta. Tal estructuración versicular inicial manifiesta descansa pues en el empleo justo de elementos eficaces como la aliteración escrita con oficio, la adjetivación no redundante, y los versos de amplio aliento que tanto brío imprimieron a los poemas esencialmente barrocos de Perse y Lezama Lima, modelos primigenios del joven poeta.

Pero no es sino en la utilización admirable de los símiles y las metáforas donde Becerra alcanzó registros melódicos, únicos por su carácter y su alto grado de significaciones. Con dichos recursos, su poesía da la impresión de desplegarse y transitar a lo largo de territorios

hostiles e inhabitables, pero arrastrando consigo elementos que la cuidan de caer en profundidades insalvables, ajenas a su propio cauce. Poemas como “La otra orilla”, –acaso el testimonio vivencial del poeta más cercano a la muerte– “Betania” y “Blues”, combinan esa “suntuosidad negra” que describió Paz, con osadas travesías hacia el interior de los significados, en búsqueda de nuevas realidades. (He querido recordar aquella canción,/ aquella que no pude escuchar dentro de mí, aquella que no supe extraerle al mundo;/ operación dolorosa: aquella canción que estoy tratando de escuchar).

El poema que da nombre al único libro publicado en vida por Becerra, expresa singularmente esa rara indisolubilidad entre comparaciones y metáforas que parten de lo animado para llegar a lo inanimado (...los colores que aún pudimos llamar humanos oficiaban/ en el amanecer como banderas borrosas...), o se instalan en un plano absoluto, capaz de conjuntar con facilidad lo más informe e inverosímil (...los horarios del mar habían guardado sus/ pájaros y sus anuncios de vidrio,/ las estaciones cerradas por día libre o día de silencio).

Si bien en un principio el exotismo paisajista anclaba a la rigurosidad verbal de esos poemas a una especie de predestinación hacia las formas largas y suntuosas, muy pronto el poeta –crítico implacable de sí mismo– adoptaría una muda en su lenguaje: este sería parco y racional –más distante al sentimiento si se quiere– pero no menos emotivo ni melodioso. José Carlos Becerra asume su condición de poeta sin olvidar la esencia evolutiva de una obra transfigurada por los acontecimientos sometidos al curso inexpugnable de la historia. La nueva poesía es entonces distinta en su estructuración, no en la actitud siempre leal y vigilante del creador.

La novedad radica en el encuentro insospechado con otras latitudes en la epifanía entre otros rumbos recién revelados. Bajo ese impulso, la cotidianeidad urbana

emerge dentro de una perspectiva inusual, la de quien lo mira todo con otros ojos. Para Becerra, la Ciudad de México y su ingente drama humano, la fatalidad de 1968 en Tlatelolco, la revolución cubana, Vietnam y sus mortíferas armas, fueron manifestaciones acabadas de un cambio radical en la manera de sentir e interpretar el mundo, cambio que indefectiblemente signaría el curso de sus creaciones.

Por ello irrumpe con fuerza en aquel mundo e intenta recorrerlo. Europa, sus deslumbrantes misterios que alguna vez poblaron Quevedo, Eliot, Pound, Rimbaud y otros grandes poetas, se convirtió progresivamente en ese centro vital que pretendería más tarde situar su avasalladora necesidad por, como afirmara el futurista ruso Maiakovsky respecto al quehacer poético, estar en el centro de los hechos y las cosas. Si en un principio la poesía versicular y las metáforas absolutas llevaron a Becerra a expresar mediante el influjo de tal marasmo verbal, la aparición en su poesía de las llamadas metáforas puras en las cuales se omite uno de los términos del símil, y de las metáforas en presencia, donde la asociación de los planos comparados da origen a inigualables relaciones, constituyeron un momento fundamental en su madurez como escritor.

“Navegaciones”, el primer poema de *Cómo retrasar la aparición de las hormigas*, recopilado por José Emilio Pacheco y Gabriel Zaíd en *El otoño recorre las islas*, es muestra palpable de esta evolución conceptual en la obra del poeta:

Viaje,
océano maltrecho,
toda la noche sin escolta aérea,
sin zumbidos

toda la noche el radar descompuesto,
el sueño descompuesto, la mesa servida,

¿nos espera el brusco despertar
bajo el cielo raso de los timbres de alarma?...

Pero el poeta no agota aquí sus vastas posibilidades. Las metáforas de verbo, en las que se revela la pluralidad y la interdependencia de lo real –la realidad es y no es eso, sino aquello y lo otro al mismo tiempo– alcanzan magistralmente significados que van más allá de lo imaginable. Poemas como “el ahogado” –uno de los mejores caligramas hechos en la poesía mexicana– “Vía Véneto”, “el reposo del cuerpo” y “mística”, son otra evidente prueba del sugestivo poder rítmico de dicha poesía, poseída de principio a fin por un incomparable sentido de la belleza en las palabras. La unión de los contrarios, la coexistencia armónica del reflujo de versos libres y el paralelismo semántico ascendente, junto con el encabalgamiento, son asimismo elementos inseparables de dichas construcciones.

Sin duda, lo más importante en José Carlos Becerra es su alentadora actitud para crear. Esa continua lucha por la cual cambiaba de tiempo y de lugar –en ese intento perdió la vida–. Sabía que a pesar de su juventud, una poetización precoz de sus vivencias sólo podía conducir a una castración de la poesía, por ello la madurez pasmosa “pasmosa” de sus poemas. Como los grandes poetas, asumió su quehacer con una devoción cercana al sacerdocio. Buscó colocarse en la vanguardia de su clase, en todos los frentes, sin temor a ceder ante sus propios temores.

Cultivó admirablemente una actitud productiva hacia el arte y logró, como pocos, eliminar la casualidad, la falta de principios en los gustos, el individualismo. Supo que sólo la elaboración técnica hace a los poetas diferentes, sólo el perfeccionamiento, la acumulación y la

variedad de procedimiento, crean al poeta verdadero. Su muerte repentina no fue más que una añadidura de inmortalidad a su obra entre los lectores que le admiran.

Francisco Javier Payró García

BLUES

No era necesaria una nueva acometida de la soledad
para que lo supiera.
Navegaba la mar por un rumbo desconocido para mis
[manos.

Donde el amor moró y tuvo reino
queda ya sólo un muro que avasalla la hierba.
Queda una hoja de papel no en blanco
donde está anocheciendo.
Donde goteaba luceros una noche
sobre unos hombros limpios como verdad mostrada,
sólo queda una brisa sin destino.
Donde una mujer fundara un beso,
sólo árboles postrados al invierno.

Y no era necesario decirlo.
El corazón sin que sea una lágrima
puede sombrear las mejillas.

La ventana da a la tristeza.
Apoyo los codos en el pasado y, sin mirar, tu ausencia
me penetra en el pecho para lamer mi corazón.

El aire es una mano que está hojeando mi frente.
Mi frente donde la luna es una inscripción,
una voz esculpiendo su olvido.

Como humo la luna se levanta
de entre las ruinas del atardecer.
Es muy temprano en ese azul sin rostro.
No era necesario enturbiar la soledad
con el polvo de un beso disuelto.
No era necesario
memorizar la noche en una lágrima.

Labios sobre cogidos de olvido,
pulsaciones de un oleaje de mar ya retirándose,
ruido de nubes que el otoño piensa.

Hay lápices en forma de tiempo, vasos de agua
donde el anochecer flota en silencio.
Hay la rama de un árbol como un brazo esculpido
por algún abandono.

Hay miradas y cartas donde la noche
puso en marcha al vacío,
a las frentes que extinguen su remoto color
sobre letras que enlazan señales de viaje.

Aquí está la tarde.
Puede enrolarse en ella quien esté enamorado.
Aquí está la tarde para designar una ausencia.

Suena en mi pecho el mundo
como un árbol ganado por el viento.

No era necesaria la tarde, tampoco este cigarro cuyo
[humo
puede ser otra mano evaporándose.

Invernaré la noche en mi pecho.
No era necesario saberlo.
No tiene importancia.
Espero una carta todavía no escrita
donde el olvido me nombre su heredero.

ESA MANO

*Juntaba el cristal líquido al humano
por el arcaduz bello de una mano.*
Góngora

Era una mano allí, con la misma postura
de la palabra amor escrita con letras antiguas.
A veces se movía como un horizonte de olvidos,
como un cuerpo no asido por la tierra
que por la mar aleja su presencia.
Azul como palabra levantada de una lágrima
o acaso de una sonrisa.

Sí, yo veía esa mano, clara jerarquía
de unos dedos testigos de la seda.
Superficie de ausencias, extensión de algún vuelo
[dormido,
patrimonio de un contacto, de una piel,
de un cuerpo engrandecido que la toma con furia
cuando a los cuerpos llega
la posición de amor y se entrelazan.

Sí, yo la miraba; blanca, casi inútil, delgada,
no avanzante, no tímida ni herida,
en sí misma posada, embellecida como el rastro de una
[caricia,
ajena a mi vida, a mi piel y a mi mano.

Un anillo floreaba su meñique,
ruta azul de dos venas,
insinuaba de pronto un horizonte
o huella de dos lunas.

Su dueña alzó los ojos un momento
vuelto hacia mí su rostro.

Y vi sus ojos sin calor,
como llegados de algún vuelo nocturno,
ya con alas plegadas, sin dolor, descansando.
Y vi esa sombra —de un olvido, tal vez—
que velaba en sus labios
como guardián de un jardín en otoño.

Frente a ella su compañero contemplaba
la indiferencia mecánica de meseros y clientes.
Todo el café, insinuaciones de un lujo breve y triste,
habitación ambulante, a la deriva
de alguna tarde más; en un humo de rostros,
de manos y palabras, de monólogos breves y eternos,
parecía llevarlos y dejarlos perdidos
uno de otro en un mundo sin piedad ni recuerdos.

Allí sobre la mesa vi su seno inclinado.
Su seno como un ártico viviendo bajo estrellas,
surcado por la música tenaz de un silencio,
sobre alguna pantera engañada o dormida.

Sí, allí sobre la mesa aquel seno inclinado
como bebiendo el blanco del mantel;
ya todo él muerto en blancos, descotado
sin prisa, en su tamaño.

Y aquella mano allí,
ya tal vez con memoria de carne masculina,
afinada en caricias, sobre el mantel como una vida dulce,
olvidada en sí, sin un gesto de carne,
ajena al cuerpo que la engrandecía.

¿Acaso vio en mi rostro que veía su tristeza
mirar con angustia su mano en el momento
que ajena la sentí, acariciando ya profundamente?

De esta vida no vale sino el sueño,
la voz que sangra de sus estrellas,
la piel que estira su color de mundo,
y esa mano que va como sonrisa,
como boca de cinco labios
por la tierra anhelante de la sangre,
por el lomo atigrado del deseo, por el dolor,
por los anillos que le hincan recuerdos;
aprendiendo que el llanto no es espina
y que a la piel el mar la pone arena.

EL OTOÑO RECORRE LAS ISLAS

A veces tu ausencia forma parte de mi mirada,
mis manos contienen la lejanía de las tuyas
y el otoño es la única postura que mi frente puede tomar
[para pensar en ti.

A veces te descubro en el rostro que no tuviste y en la
[aparición que no merecías,
a veces es una calle al anochecer donde no habremos ya
[de volver a citarnos,
mientras el tiempo transcurre entre un movimiento de
[mi corazón y un movimiento de la noche.

A veces tu ausencia aparece lentamente en mi sonrisa
[igual que una mancha de aceite en el agua,
y es la hora de encender ciertas luces
y caminar por la casa
evitando el estallido de ciertos rincones.

En tus ojos hay barcas amarradas, pero yo ya no habré
[de soltarlas,
en tu pecho hubo tardes que al final del verano
todavía miré encenderse.

Y éstas son aún mis reuniones contigo,
el deshielo que en la noche
deshace tu máscara y la pierde.

LA HORA Y EL SITIO

las palabras, esas distancias de algo,
esta mirada que vamos entregando y que sin embargo
[no ha estado con nosotros,
esta súbita prisa, esta forma de ojos,
palabras, manos que quieren sujetar un tiempo que es
[un rostro
o el sonido de otra palabra,

ya no sé nada,
no estoy con ustedes si acaso me leen,
por la ventana entra el sol, entra la noche como una
[mujer sin alas,
entro yo, entra mi voz y aún no estoy con ustedes,
las palabras levantándose, hacinándose,
en el rostro del anochecer hay rasgos de piedra que el
[viento abrillanta y apaga,
entrebate tu perdición y mira bien adentro,
otra palabra allí vuelve del humo,

las palabras como sospechas de carne, como viento de
[carne,
palabras dichas por piedad, palabras que no pudimos
[decir,
palabras que no debieron decirse
o que dijimos demasiado tarde,
el mundo cabe en una palabra porque el mundo no es
[una palabra,
ninguna mirada está consigo misma,
ninguna palabra volverá sobre sí misma,
palabras, palabras, palabras,
yo las reúno al azar, las disperso,
las tengo un rato en las manos como objetos tortuosos o
[puros,

las miro más de cerca, ya no las veo
o veo a través de ellas y entonces ya no hay
[palabras,

hay mundo no sé dónde, hay una mujer, estoy yo cerca
[de ella,
pero estamos en las palabras, en las afueras de otra vida,
de reflejo en reflejo, de alusión en alusión, de río en río,

el sol sentado en el horizonte se quita las sandalias, se
[quita el sol,
la tarde es una mano posada en mi hombro,
alguien espera la luna,
esa claridad en movimiento,
recuerdos de un cuerpo que sólo son palabras,
sagrados instrumentos de precisión e imprecisión,
siempre hay una palabra después de otra palabra, en vez
[de otra palabra,
siempre es otra ciudad, otro rostro,
otra cosa lo que yo iba a decir,
siempre queda una frase que no hemos dicho,
un centinela que en mitad de la noche grita ¡quién vive!
después de haberse enumerado las diversas
[formas
de muerte violenta o pacífica,

sube la noche desde el mar como un ave impasible y
[extraña
que viene a posarse en mi corazón
con un crujido de ramas y de hojas,
no estoy de mi parte, no estoy con ustedes,
ningún recuerdo es mío, ningún recuerdo es cierto,
soy un hombre mirando,
alzando la noche como un viejo hábito, como otra
[manera de hablar,
de soltar en los signos cuerpos ya sin vida,

y aquí estamos o no estamos nunca,
tomándonos de la voz, tomándonos de la mano
como para una danza en honor de nuestros dioses
[ajenos,
por la calle de la primavera, por el invierno del invierno,
palabras mías que no son mías,
siempre hay una palabra, esa puerta que busca ser la
[puerta,
ese sonido a fuego de los labios,
ese amanecer tatuado de nombres antiguos,
un relámpago culebrea de pronto como un ojo que se
[abre y se cierra,
como un cuerpo que entra y sale de su nombre,

miramos la lluvia y esto es hablar,
porque miramos la lluvia en los hombros de una mujer
[como sus posibles cabellos,
y adelantamos una mano y sólo acariciamos el agua que
[escurre,
sólo acariciamos lo que iba pasando,

palabras idas de mí, de mí de vuelta,
hermosa usanza mágica,
palabras, si son ustedes la belleza, ¿por qué no son la
[desnudez?
¿o acaso la desnudez es el viento?
palabras, ustedes son la prueba humana, la sorda
[revuelta,
los ángeles malditos arrojados de los labios de Dios,
¿qué decimos que decimos?, ¿acaso aquello que no
[decimos
porque no lo sabemos o porque lo sabemos demasiado?

palabras, ojos con los que tal vez no debimos mirar
a pesar nuestro o a pesar de otro

o a pesar de las mismas palabras,
entra la noche y entra el día por la ventana
y entro yo por la ventana y entra la ventana por la
[ventana,
como bocas que pasan en lo que dicen,
como bocas que sueñan lo que dicen,

EL AHOGADO

aquel hombre se unía a la soledad del mar,
iba y venía en sus olas y lo azul del agua
 iba y venía en sus ojos cada vez más sin nadie,

unido a la soledad del mar aquel hombre soñaba
y no era un sueño,
y perdía su nombre, perdía su voz arrojada como una
 [corona fúnebre
que el oleaje deshojaba al pie de otro silencio,

aquel hombre ya sólo tenía que ver con el agua,
con el color azul sacado del cielo a ciertas horas de la
 [eternidad,
con la espuma que crece cuando el dios del mar
 [despluma sus ángeles
con mano temblorosa,

aquel hombre se unió al mar,

un pájaro rompía el cascarón de la tarde,

OSCURA PALABRA

A mis hermanas

MÉLIDA RAMOS DE BECERRA

16 de septiembre de 1964

1

Hoy llueve, es tu primera lluvia, el abismo deshace su rostro. Cosas que caen por nada. Vacilaciones, pasos de prisa, atropellamientos, crujido de muebles que cambian de sitio, collares rotos de súbito; todo forma parte de este ruido terco de la lluvia.

Hoy llueve por nada, por no decir nada.

Hoy llueve, y la lluvia nos ha hecho entrar en casa a todos, menos a ti.

Algo se ha roto en alguna parte. En algún sitio hay una terrible descompostura y alguien ha mandado llamar a unos extraños artesanos para arreglarla. Así suena la lluvia en el tejado. Carpinteros desconocidos martillean implacables.

¿Qué están cubriendo? ¿A quién están guardando?
¡Qué bien cumple su tarea la lluvia, qué eficaz!

Algo se ha roto, algo se ha roto. Algo anda mal en el ruido de la lluvia. Por eso el viento husmea así; con su cara de muros con lama, con sus bigotes de agua. Y uno no quiere que el viento entre en la casa como si se tratara de un animal desconocido.

Y hay algo ciego en el modo como golpea la lluvia en el tejado. Hay pasos precipitados, confusas exclamaciones,

puertas cerrándose de golpe, escaleras por donde seres
extraños suben y bajan de prisa.

Esta lluvia, esta lluvia quién sabe por qué. Tanta agua re-
pitiendo lo mismo.

La mañana con su corazón de aluminio me rodea por
todas partes; por la casa y el patio, por el norte y el alma,
por el viento y las manos.

Telaraña de lluvia sobre la ciudad.

Hoy llueve por primera vez, itan pronto!

Hoy todo tiene tus cinco días, y yo nada sé mirando la
lluvia.

[11 de septiembre de 1964, Villahermosa]

2

Te oigo ir y venir por tus sitios vacíos,
por tu silencio que reconozco desde lejos, antes de abrir
[la puerta de la casa
cuando vuelvo de noche.

Te oigo en tu sueño y en las vetas nubladas del alcanfor.
Te oigo cuando escucho otros pasos por el corredor, otra
[voz que no es la tuya.

Todavía reconozco tus manos de amaranto y plumas
[gastadas,

aquí, a la orilla de tu océano baldío.

Me has dado una cita pero tú no has venido,
y me has mandado a decir con alguien que no conozco,

que te disculpe, que no puedes verme ya.
Y ahora, me digo yo abriendo tu ropero, mirando tus
[vestidos;

¿ahora qué les voy a decir a las rosas que te gustaban
[tanto,
qué le voy a decir a tu cuarto, mamá?

¿Qué les voy a decir a tus cosas, si no puedo
pasarles la mano suavemente y hablarles en voz baja?

Te oigo caminar por un corredor
y sé que no puedes voltear a verme porque la puerta,
sin querer, se cerró con este viento
que toda la tarde estuvo soplando.

[14 de septiembre de 1964, Villahermosa]

3

En el fondo de la tarde está mi madre muerta.
La lluvia canta en la ventana como una extranjera que
[piensa con tristeza
en su país lejano.

En el fondo de mi cuarto, en el sabor de la comida,
en el ruido lejano de la calle, tengo a mi muerta.
Miro por la ventana;
unas cuantas palabras vacilan en el aire
como hojas de un árbol que se han movido
al olfatear el otoño.
Unos pájaros grises picotean los restos de la tarde,
y ahora la lluvia se acerca a mi pecho como si no
[conociera otro camino
para entrar en la noche.

Y allá, abajo, más abajo,
allá donde mi mirada se vuelve un niño oscuro,
abajo de mi nombre, está ella sin levantar la cara para
[verme.

Ella que se ha quedado como una ventana

que nadie se acordó de cerrar esta tarde;
una ventana por donde la noche, el viento y la lluvia
entran apagando sus luces
y golpeándolo todo.

[28 de octubre de 1964, México]

4

Esta noche yo te siento apoyada en la luz de mi lámpara,
yo te siento acodada en mi corazón;
un ligero temblor del lado de la noche,
un silencio traído sin esfuerzo al despertar de los labios.

Siento tus ojos cerrados formando parte de esta luz;
yo sé que no duermes como no duermen los que se han
[perdido en el mar,
los que se hallan tendidos en un claro de la selva más
[profunda
sin buscar la estrella polar.

Esta noche hay algo tuyo sin mí aquí presente,
y tus manos están abiertas donde no me conoces.

Y eso me pertenece ahora;
la visión de esa mano tendida como se deja el mundo
[que la noche no tuvo.
Tu mano entregada a mí como una
adopción de las sombras.

[20 de diciembre de 1964, México]

Yo acudo ciego de golpe a tu llamado,
he caído y mi camino después no era el mismo,
he caído al dar un paso en falso en la oscuridad de tu
[pecho.

Y no pude gritar: "enciendan la luz o traigan una
[linterna",
porque nadie puede iluminar la muerte
y querer acercarse a los muertos es caminar a ciegas y
[caerse
y no entender nada.

Tú y yo, mamá, nos hemos sujetado en quién sabe qué
[zona ciega,
en qué aguas nos pusimos turbios de mirarnos,
de querernos hablar, de despedirnos sin que lo
[supiéramos.

Y esta casa también está ausente, estos muebles me
[engañan;
me han oído venir y han salido a mi encuentro
disfrazados de sí mismos.
Yo quisiera creerles, hablar de ellos como antes,
repetir aquel gesto de sentarme a la mesa,
pero ya lo sé todo.
Sé lo que hay donde están ellos y yo, cumpliendo juntos
[el paisaje
de una pequeña sala, de un comedor sospechosamente
[en orden.

Pero yo tropezaba porque caminaba siguiéndote,
porque quería decirles a todos que volvería en seguida
[contigo,
que todo era un error, como pronto se vería.

Pero no hay luces para caminar así por la casa,
pero no hay luces para caminar así por el mundo,
y yo voy tropezando, abriendo puertas que ni siquiera
[estaban cerradas;
y sé que no debo seguir, porque los muebles y los
[cuartos
y la comida en la cocina y esa música en un radio
[vecino,
todos se sentirían de pronto descubiertos, y entonces
ninguno en la casa sabríamos qué hacer.

[24 de diciembre de 1964, Villahermosa]

6

Yo sé que por alguna causa que no conozco estás de
[viaje,
un océano más poderoso que la noche te lleva entre sus
[manos
como una flor dispersa...

Tu retrato me mira desde donde no estás,
desde donde no te conozco ni te comprendo.
Allí donde todo es mentira dejas tus ojos para mirarme.
Deposita entonces en mí algunas de esas flores que te
[han dado,
alguna de esas lágrimas que cierta noche guiaron mis
[ojos al amanecer;
también en mí hay algo tuyo que no puede ver nadie.
Yo sé que por alguna causa que no conozco te has ido de
[viaje,
y es como si nunca hubieras estado aquí,
como si sólo fueras —tan pronto— uno de esos cuentos
[que alguna vieja criada
me contó en la cocina de pequeño.

Mienten las cosas que hablan de ti
tu rostro último me mintió al inclinarme sobre él,
porque no eras tú y yo sólo abrazaba aquello que el
[infinito retiraba
poco a poco, como cae a veces el telón en el teatro,
y algunos espectadores no comprendemos que la función
[ha terminado
y es necesario salir a la noche lluviosa.

Más acá de esas aguas oscuras que golpean las costas de
[los hombres,
estoy yo hablando de ti como de una historia
que tampoco conozco.

[6 de febrero de 1965, México]

7

madre, madre,

nada nos une ahora, más que tu muerte,
tu inmensa fotografía como una noche en el pecho,
el único retrato tuyo que tengo ahora es esta oscuridad,
tu única voz es el silencio de tantas voces juntas,

es preciso que ahora tu blancura acompañe a las flores
[cortadas,
ningún otro corazón de dormir hay en mí que tus ojos
[ausentes,
tus labios deshabitados que no tienen que ver con el
[aire,
tu amor sentado en el sitio en que nada recuerda ni
[sabe,
ahora mis palabras se han enrojecido en su esfuerzo de
[alzar el vuelo,

pero nada puede moverse en este sitio donde yo te
[respondo
 como si tú me estuvieras llamando,
nadie puede infringir las reglas de esta mesa de juego a la
[que estamos sentados,

a solas como el mar que rodea al naufragio
 hemos de contemplarnos tú y yo,
nada nos une ahora, sólo ese silencio,
 único cordón umbilical tendido sobre la noche
como un alimento imposible,
y por allí me desatas para otro silencio,
 en las afueras de estas palabras,
nada nos tiene ahora reunidos, nada nos separa ahora,
ni mi edad ni ninguna otra distancia,
 y tampoco soy el niño que tú quisiste,
no pactamos ni convenimos nada,
nuestras melancolías gemelas no caminaban tomadas de
[la mano,
pero desde lejos algunas veces se volvían a mirarse
y entonces sonreían,

ahora un poco de flores para mí
 de las que te llevan,
también en mí hay algo tuyo a lo que deberían llevarle
[flores
 ese algo es el niño que fui,
ya nada nos une a los tres,
 a ti, a mí, a ese niño,

[22 de mayo de 1965, México]

DECLARACIÓN DE OTOÑO

He venido.

El otoño nos revela el hueso del mundo,
en sus hojas el color amarillo no será solamente un aria
[triste,
será también la verdad de la tierra,
el paso de esa luna donde han dejado de temblar las
[doncellas,
la historia que los niños no pulirán con sus manos.

Conozco la mirada del sedicente,
la ciudad ha sido conquistada por el heliotropo
[nocturno;
dadme mis huesos y los huesos de mis muertos
y los pondré a florecer en la noche.

Porque yo veo la miel sombría donde los rostros
[perdidos intentan acercársenos,
ponernos el vaho de su corazón en el cristal de esa
[ventana que sin darnos cuenta
hemos dejado encendida esta noche.

Porque yo veo los amaneceres socavados en octubre por
[la garra del relámpago
que saca del fondo a las doncellas muertas,
a los niños que no han podido pulir ninguna historia con
[sus manos.

He venido.

Aquí se reúnen las leyendas de piel titilante,
las miradas donde aparece la arena movediza que está a
[la mitad de todo recuerdo;

porque ahora miro las extensiones del mito
y no encuentro otra respuesta ni otra distancia que el
[llanto,
la piel desalojada en el mar, la risa de la hiena detrás de
[los espejos.

Voy por esta ciudad; yo no camino sobre las aguas,
camino sobre las hojas secas que caen de mis hombros,
miro a los muertos en brazos de sus retratos, miro a los
[vivos en brazos de sus desiertos,
a las prostitutas vírgenes embalsamadas dentro de su
[sonrisa.

Conozco esta ciudad, estos orines de perra, esta piel
[acechante de gato,
estas calles que he recorrido mirando en silencio lo que
[me devora.
He visto el latigazo de la ceniza en los cuerpos
[dormidos,
el miedo lustrado por unas manos silenciosas,
la luz enhebrada por lo más lejano de los ojos,
el oro con su infancia en la primera gota de sangre.

He aquí la historia,
he aquí este delirio que la luna ha tenido en sus brazos,
esta yerba arrancada al corazón, este rumor de hojas.

¿En qué sitio ríe la vejez de los muros?
¿Dónde comulga el horror con la supervivencia?

Ésta es la estación armada como un guerrero,
ésta es la estación desnuda como una mujer invencible,
ésta es la estación cuya historia tiene mucho que ver con
[la lluvia.

He venido.

He visto la servidumbre de los parques a la crueldad del
[poniente,
he visto abandonados a su luz, llagados en su luz,
he visto en las cocinas el hollín de las lágrimas,
la grasa quemada de un cielo prohibido,
he visto las madrigueras donde la luna se limpia la
[sangre
como un amor proscrito.

He venido cuando el otoño le da a la ciudad una carta
[del mar.
He venido a decirlo.

NO HA SIDO EL RUIDO DE LA NOCHE

No, no era ese ruido,
era la respiración como una historia de hojas pisadas,
el recuerdo del viento que movía el recuerdo de unos
[cabellos largos,
el chillido de un pájaro, el animal manchado por su
[muerte futura.

No, no era ese ruido;
al menos no lo era cuando la esperanza levantaba sus
[cabezas todavía sin cortar,
todavía sin que fueran cabezas,
y se quejaba dulcemente, y fraguaba pequeños arrebatos,
[exclamaciones líricas,
y una niña secreta hacía de nuestras manos
cosas abandonadas.

Entonces no era el ruido de la noche,
el crecimiento de la yerba en los ojos dormidos.

El otoño no descuidaba su tarea,
las hojas secas comían por última vez en las manos del
[sol de la tarde;
pero no era el otoño el que movía las alas,
era el rumor de ese pájaro cuyas alas habían crecido
[tanto
hasta enredarse con el azul del cielo,
y uno ya no sabía si era el pájaro o el cielo el que volaba
oscureciéndonos el rostro.

No, no era el esfuerzo con que el amanecer desarma a
[los astros,
la noche vestida por la respiración de los que duermen,

o sentada junto a aquellos que buscan en su corazón
[hasta el alba
sinuosidades y escorpiones de astros.

Y era también la sangre abriendo y cerrando puertas,
la tarde que escurría del cielo desmintiendo lo azul,
diciendo sí a lo blanco.

El sol retiraba sus urnas abiertas,
los pájaros metían el pico en el infinito y quedaban
[insensibles,
la primavera me salpicaba un hombro de polen
y alguien reía con fuerza en los espejos rotos.

LA OTRA ORILLA

I

He querido recordar aquella canción,
aquella que no pude escuchar dentro de mí, aquella que
[no supe extraerle al mundo;
operación dolorosa: aquella canción que estoy tratando
[de escuchar,
aquella cuya ausencia reconozco en la brisa que apenas
inquieta a los almendros,
en la tranquilidad de esa brisa en estas hojas donde
[también yo habré de morir,
y esa calma acaricia en algún sitio de mí
la forma de esa primera mano que alargamos hacia la
[vida
y luego retiramos mojada y oscura.

Aquella primera canción, aquella primera canción tal vez
[no vino nunca,
aquella cuyo *silencio* ahora se refleja en el rumor de esa
[brisa en los almendros,
tal vez su *silencio*, quiero decir el rumor de estas hojas, es
[el único espejo
donde yo me reconozco, donde yo me miro con atención,
[subordinado a lo fatal de esa imagen.
O tal vez esa brisa en las hojas
es la ausencia de toda canción, el rostro silencioso de
[todos los nombres,
el rostro de espuma disuelto por el mar,
el rostro de mis hijos aún sin ellos en el esqueleto atroz
[de mi abuelo
después de él.

Ahora recuerdo todo sin pasión, sin armas obsesivas, sin
[recuerdos,

y ese viaje que la mirada todavía sostiene
abandona el umbral de una tarde de lluvia en la infancia.
Y es aquella costumbre de sonreír involuntariamente,
de sentir esa brisa en los almendros que están dentro de
[mí, complicados con mi alma,
y soñar una canción donde tal vez ya no habré de
[escucharme;
sí, aquella vieja costumbre de vivir...

Y yo extendiendo palabras sobre mis propias yerbas,
yo extendiendo palabras sobre el mundo para irles dando
[poco a poco historia,
sonidos arrancados a ellas mismas como confesiones
[brutales.

Por la torre de la iglesia
pasa el sol y se muerde los labios, ¿o soy yo quien me los
[muerdo?
¿O son el sol y la iglesia los que muerden mis labios?
¿O es el deseo de sol y de iglesia lo que muerde mis
[labios?

Sí, he perdido aquella canción, aquella canción, aquel
[tierno desastre,
aquel artificio donde mi voluntad se hacía pequeñas
heridas, pequeñas preguntas que nunca supieron
[cortarse la cabeza,
y ahora estoy aquí de vuelta,
mirando estas calles, mirando este río, estas aguas
[cobrizas y doradas bajo la luz del sol,
y esta ciudad no es distinta a otras ciudades,
es distinta a sí misma.

Y estoy en esta ciudad como en otra canción que tampoco recuerdo, que tal vez nunca estuvo en mis

[labios,

como en otra palabra que me ocupa gran parte del día y luego en la noche es mi primera muerta.

Estoy en este parque donde los almendros apenas

[sugieren la brisa, el tiempo de las hojas,

bajo este cielo encallado en la mañana

como una inmensa nave antigua —recuerdo de otros

[dioses, de otros hombres

y de otras batallas—

y mi mirada abre de par en par los brazos para recibir al

[paisaje,

pero es inútil, en el paisaje hay algo de mirada,

algo también con los brazos abiertos...

Una brisa muy joven sopla entre los almendros, una

[brisa lejana sopla entre mis labios,

y es el silencio,

el silencio de la torre de la iglesia bajo la luz del sol,

el silencio de la palabra *iglesia*, de la palabra *almendro*,

[de la palabra *brisa*.

Hay un radio encendido en un estanquillo cercano,

pasan unos novios —casi niños— cogidos de la mano,

el sol empuja la torre de la iglesia hacia otro mediodía...

Yo iba a decir algo; cogí la pluma para eso, cogí mi alma

[para eso;

¿qué iba a decir?

Así pasó ese día caluroso y nublado,

así la torre de la iglesia empujada por el sol como un

[barco llevado por el viento,

cruzó por mi pecho, y luego la noche se cerró sobre las
[casas, sobre las aguas del río,
sobre la historia de aquella mañana,
y fue como si una mano enguantada tuviera todas las
[cosas en el puño.

Yo iba a decir algo, yo tenía esta pluma en la mano...

II

Amanece en medio de mí y yo me quedo mirando del
[lado en que no estoy,
en la otra orilla se quedan el parque y los almendros, el
[río, la torre de la iglesia.
Porque esta mañana todo parece abrir los ojos en otra
[parte, en otra historia,
en otros ojos parece que yo he abierto los ojos,
y miro la luz cedida a los árboles con la misma
[naturalidad con que espero
sentado a la mesa, el primer alimento.

Y tal vez esta luz es también una sombra de aquella
[canción;
estos árboles, esta mesa, la mañana, el sabor de este pan,
¿son acaso las formas devueltas?
Y la canción mueve las alas,
se sacude su forma de canción, se sacude su forma de
[alas,
algunas plumas caen, muy lejos de mis labios, muy lejos
[de esta luz,
muy lejos de este *silencio*, de esta posible música, en otra
[historia
más remota aún que la mía.

Amanece en medio de mí; en un lado se quedan el
[parque y los almendros,
el río, la torre de la iglesia, la ciudad de mi infancia, los
[juegos olvidados;
¿en qué orilla me quedo mirándolos?

Es todo,
yo iba a decir algo, yo iba a inventar algo.

LA CORONA DE HIERRO

Yo podría también en este umbral, junto a la precaria
[armadura de tu olvido,
enumerar los hechos construidos y destruidos por el
[amor;
yo podría si alguno de los dos lo quisiera, si alguno de
[los dos mirara hacia ese sitio,
en el remoto estallido de algún verano,
en el arco de un día de serpientes, en la claridad de una
[convalecencia gozosa
en el reflejo de una tarde abandonada en el túnel de lo
[que no pude decir,
y esta enumeración inventora de frutos y luces de
[guerra, donde el corazón ennegrecido chisporrotea
igual que una hoguera que el invierno luce en el pecho
como un coral amargo.

Yo podría tal vez en otros vestigios,
en otros vendajes donde la herida haya sido apagada,
en la otra historia de tus ojos donde el abismo vuelve a
[ser la florecilla silvestre
de los días de la infancia;
yo podría, te digo, enumerar aquí esos hechos
y también aquellas tardanzas que las lluvias de octubre
[practicaron en mi pecho,
esa humedad de lo muerto que a veces no
[comprendemos
y cuyo olor impregna nuestra alma de sumisa nostalgia.
Podría entonces con mis carencias de mar,
con mi máscara que no fue tallada en ningún taller
[audaz del alma,
caminar por esos actos que tú y yo transcurrimos, que tú
[y yo hicimos pasar.

Ninguna otra fuerza entonces, ninguna otra religión que
[alimentar con esa cierta placidez del desamparo
por esa libertad congénita ante la enfermedad de los
[dioses;
sólo esas palabras con su aire de carne, con su bosque de
[sangre,
con sus extrañas colindancias con el hierro,
enumeradas al borde del mundo por aquellos que deciden
[partir
y extraviar la semejanza de su lenguaje con el lenguaje
[de los poseedores de su ciudad.

Aún entonces tal vez, y siendo así no lo supimos, cuando
[la noche, ella misma,
puso en las sienas de la ciudad la antigua corona
y la soledad era un perrillo faldero que lamía las manos
[de sus dueños,
y los astros, más acá de su lejanía, retocaban el olvido de
[los hombres
y todos se acomodaban en sus propias estatuas
para describirse a sí mismos aquello que llamaban
sus *incertidumbres*.

Ésa sería la súplica y el desdén, tu tierno ademán,
el autobús donde no consigues escaparte,
la habitación donde no consigues la paz,
el libro que no te regresa la antigua pasión, el rojo
[descubrimiento;
ése sería el nuevo encuentro, la antigua manera de
[comenzar, de devolvernos;
tu cuerpo desnudo envuelto por la penumbra de la
cortina como por una desnudez más amorosa aún y
[más imposible,
la aparición del mar en la mano que lleva la caricia como
[una lámpara,

todo lo que al besar un cuerpo nos incumbe;
tus senos donde la blancura enciende sus primeras
[señales,
tu vientre donde la oscuridad alumbra mis manos,
tus cabellos de día de lluvia, tus ojos de anochecer sobre
[los edificios y sobre las cúpulas,
mientras bajamos los escalones del deseo escuchando el
[golpe del viento en las más altas ventanas,
y en todos los sitios donde la noche enciende los cuerpos
[enlazados
como antiguos y eternos sistemas de navegación.

Y toda tú caída de tus ojos, parte de ti caída de tu alma,
sin súplica elocuente,
herida por el beso que te reconoce y te alza, te
desordena y te copia en todos los modos del
[amanecer,
entraste en ese rumor, en esa sombra que me envolvía
lejos de aquellas costas donde el olvido y el mar alzan la
[noche
y la palidez de las manos da a lo acariciado un atavío
[remoto que no alcanzamos nunca.

Vasto conocimiento y vasta ignorancia;
en la noche de esa mirada, en la ciudad oculta por las
[uñas de sus habitantes,
por el cansancio de sus desórdenes y la prisa de sus
[incertidumbres,
¿qué otra palabra, qué otra caricia
donde el coro de las antiguas sirenas saque a relucir los
[gestos de nuestra infancia caída,
de nuestra anciana infancia a la sombra implacable del
[mar?

Sí, yo tal vez pude decírtelo, tú pudiste tal vez
[escucharlo,
o tal vez soltando la cortina que te envolvía, alzando los
[hombros
o tarareando una canción que no recordabas bien,
[caminaste,
cruzaste frente a mí o hablaste mientras te vestías en la
[otra habitación,
diciéndome: "Está bien, está bien, ¿pero estamos seguros
[de algo?"

Y esa seguridad que me hubiera gustado invocar,
esas constancias de las que tu cuerpo quizá guarda
[memoria,
o esos momentos en que yo despertaba y aún con los
[ojos cerrados, heridos por el sol,
repetía como tú: "¿Pero era seguro? ¿Pero era verdad?"
Y recordaba tu sonrisa que mezclaba la noche con el
[alma más íntimamente que lo oscuro,
y combatía con ese ademán estricto del vacío,
con la pereza del desconsuelo que casi era el alivio,
la sordera final, la calle en silencio.

Y fue así como todo fue cumplido, como no debiste
[preguntarme;
fue así como se hizo innecesario responderte
cuando ya no queda otra alabanza, ningún otro sonrojo,
[ninguna otra adversidad,
ningún otro olvido,
que aquellos que establecen nuestros propios silencios.

Así se ha cumplido todo,
y ahora en este sitio
somos discípulos de esta noche milenaria y confusa,

de esta música atroz, de esta ciudad, de estas palabras

[donde es necesario dejarte y dejarme.

Alimentados por el pan cautivo y la leche cautiva

aquí recordamos y olvidamos, aquí nuestros ojos

[cambian de ojos,

aquí entregamos el sueño.

...y por las calles de la ciudad el invierno se yergue

como un guerrero blanco.

SENTADO EN UNA PIEDRA

No estaba preparado para llorar, no estaba preparado
[para creer en mí,
para herrarme con el sello candente de la libertad,
para errar mi corazón en la Ciencia,
para tocarlo todo y dejarlo todo bajo la misma llovizna
[insistente,
yo también empapado por esa llovizna que cae sobre la
[ciudad.

Y por lo tanto
no estaba listo para los hombres, para tocarlos con mi
[palabra,
para que mi corazón los oliera sin náuseas, adivinando
[los estornudos
de su propio fantasma.

Debí sospecharlo al cruzar el espejo, debí sorprenderme,
al salir de mi imagen me vi ileso, no sentí vidrios rotos
[por ninguna parte;
eso fue lo que entonces creí,
y estaba equivocado, lo confieso, porque había vidrios
[rotos,
algunas astillas estaban hincadas en mí delicadamente,
pero no lo sentí porque en esos momentos yo *era* esas
[astillas,
esa frágil constancia de mí mismo, esa leve tortura de
[atravesar el espejo sin reconocernos,
sin hacernos guiños, sin palabra sagrada.

Pero ahora, sin arrepentimiento, sin hablar de perdón,
[sin mueca obsesiva, sin sangre obsesiva;
yo señalo esta distancia, este desgarrón donde el sol de
[la tarde deja crecer pequeños gusanos de luz,

pequeñas colonias de un poniente en descomposición,
[de un alma pintada de cal
por el ocio de su incertidumbre.

Y acepto la evidencia de esta ciudad, de este reclamo de
[un amor
todavía no concedido a los hombres,
y veo en mi piel las razas nocturnas, flotan en mi mirada
[sus primeros esfuerzos,
me buscan en el temblor que alguna vez he sentido,
temblor de *aproximaciones*...

No, no estaba preparado para convocar el asalto,
el mundo ha envejecido de súbito,
la noche ha sido preñada por el sol nuevamente,
las bestezuelas de mis mejores días han roto sus jaulas y
[se han escapado,
tal vez han ido a morir al desierto,
las aguas donde estuvo escrito mi nombre se apartan
[lentamente, ondulando como si un tren
hubiera trepidado sobre los puentes.

He desaparecido de mi propia creación
y volveré a surgir el día en que rompa los vidrios de mi
[muerte,
pero esta vez no será posible el accidente, la inocencia
[del gesto;
no, no será posible romper esos vidrios sin querer, como
[un niño jugando con una pelota,
sino de frente y con el puño.

LA VENTA

En Tabasco, casi en la desembocadura del río Tonalá, existe un lugar llamado La Venta, donde fueron encontrados los restos de altares y las cabezas monumentales de una antiquísima cultura de raíz olmeca.

Resulta inquietante que en un sitio tan terriblemente inhóspito –especie de isla cercada de marismas– se hayan encontrado estos restos monumentales de roca basáltica. Es inexplicable el acarreo desde las estribaciones de la Sierra Madre del Sur –sitios donde esta roca se produce, y que sí ofrecían magníficas condiciones para vivir– de esas toneladas monolíticas de basalto por selvas y pantanos, y el porqué fueron labradas y erguidas en lugar tan extraño.

*I have heard
Laughter in the noises of beasts that make strange noises
T. S. Eliot*

I

Era de noche cuando el mar se borró de los rostros de los
[náufragos como una expresión sagrada.

Era de noche cuando la espuma se alejó de la tierra como
[una palabra todavía no dicha por nadie.

Era la noche

y la tierra era el náufrago mayor entre todos aquellos

[hombres,

entre todos aquellos era la tierra

como un artificio de las aguas.

Y ahora, en los sitios no determinados ya por la razón,
en la plaza interior de la Plaza Pública,
la brisa parece procrear ese lejano olor

de animales y prisioneros flechados o ya dispuestos en
[las lanzas
o conducidos a la presencia de la mano que ordena y
[señala, sostenida por sus anillos y pulseras,
desde los sitios básicos del poder: necesidad y crimen.

¿En dónde están los hombres que dieron este grito de
[batalla y este grito de sueño?
¿Dónde están aquellos que condujeron la palabra
y fueron llevados por ella al sitio de la oración y a la
[materia del silencio?

Carencia fluctuando entre la piedra y la mano que va a
producir en ella la sospecha de su alma;
habitante sombrío enmudecido bajo tus obras, conduceme
al himno disperso que flota ceniciento entre la
podredumbre de las hojas.
Unta cada palabra mía con cada silencio tuyo, mas no nos
[ciegue el chispazo de este mutuo lenguaje,
para que así los muertos asomen la mirada entre las
[brasas de lo dicho
y la frase se encorve por el peso del tiempo.

II

Jugó la selva con el mar como un cachorro con su madre,
bostezó el día entre los senos de la noche,
en su acción de posarse buscó alimento la palabra,
sonó el acto en su propio vacío
como una dolorosa constancia de fuerza que el sueño del
[hombre no pudo medir.

Ahora juega la tarde un momento con los islotes de
[jacintos antes de abandonarlos

y el aire es todavía un venado asustado.
El sol es una mirada que se va devorando a sí misma,
todo jadea de un sitio a otro
y la hojarasca cruje en el corazón de aquel que al caminar
[la va pisando.

Un pez está inmóvil bajo el peso de su respiración,
bajo la dura luz poniente fluyen las grandes aguas color
[chocolate,
sobre un tronco caído, una iguana
fluye succionada por otro tiempo, pero está inmóvil, no
hay fuga en sus ojos más fijos que la profundidad del mar,
y el movimiento que la rodea es lo que petrifica sus
[señales.

La tempestad pesa como un dios que va haciéndose
[visible,
una bandada de truenos cruza el cielo,
la luz se está pudriendo; ya no quedan designios,
nadie escucha en la piedra los sonidos humanos donde la
[piedra ganó raíz de carne,
nadie se desgarrar con esa soberbia del mineral que tiene
[a la memoria cogida por el cuello.
Todo parece dormir igual que un dios que se torna de
[nuevo visible
detrás de este tiempo, donde ahora se balancean y
[crujen
las ramas de los árboles.

Herid la verdad, buscad en vuestra saliva la causa de
[aquel y de este silencio,
pulid esta soberbia con vuestros propios dientes;
de nuevo la lanza en la mano del joven,
de nuevo la arcilla bajo la instrucción de la mano
[volviéndose al sueño y al uso del sueño,

de nuevo la escultura bebiéndose el alma,
de nuevo la doncella acariciada por la mano del anciano
[sacerdote,
de nuevo las frases de triunfo en los labios del vencedor
y en su voz el estremecimiento de su codicia y sobre sus
[hombros el manto de su raza.

Pero ya nada responde.
La selva transcurre vendada de lluvia,
todo yace enterrado en las grandes cabezas de piedra,
todo yace ubicado en el ciego peso de la piedra;
en ese rostro congestionado de feroz ironía, en el fondo
[de ese rostro
de donde parece surgir, igual que una burbuja de aire de
[otro que respira allá dentro,
esa sonrisa que sube a viajar quién sabe hacia dónde
[entre el negror de los labios...
Todo está igual que el primer día sin embargo;
la selva lo acecha todo, su velocidad tiene forma de
[pozo,
hay muertes en espiral abasteciendo su mesa.
Todo está igual que el último día sin embargo,
la flor del maculí como una boca violeta y roja
[suspendida en el aire caliente,
la ceiba enorme atrapada por la fijeza de su fuerza,
y por las noches, entre el zumbido de los insectos, el olor
[dulzón y tibio de las racimos de flores del jobo,
y entre las ramas de los polvorientos arbustos, el olor
[lejano del hueledenoché.

Pero todo está detenido,
todo está detenido entre el vaho poderoso del pantano
y las cabezas de piedra de los hombres y dioses
[abandonados.
Pero nada está detenido,

todo está deslizándose entre el vaho poderoso del
[pantano
y las cabezas de piedra de los hombres y dioses
[abandonados.
Ciudad desordenada por la selva;
la serpiente rodeando su ración de muerte nocturna,

el paso del jaguar sobre la hojarasca,
el crujido, el temblor, el animal manchado por la
[muerte,
la angustia del mono cuyo grito se petrifica en nuestro
[corazón
como una turbia estatua que ya no habrá de
[abandonarnos nunca.

¿Quién escucha ese sueño por las hendiduras de sus
[propios muertos?
La fuerza de la lluvia parece crecer de esas piedras, de
allí parece la noche levantar el rostro salpicado de
[criaturas invisibles,
de ese sitio que ha retornado al tiempo vegetal, al ir y
[venir de la hierba.

Nada descansa pero todo duerme; lo que se pudre,
[inventa.
Esta doncella aún no concedida al placer,
aquellos ojos seniles que ruedan en su propia fijeza, a
[semejanza de un desterrado de sus recuerdos;
los consejeros del rey, los vencedores del tiburón,
los que sujetando al vencido con una soga al cuello,
[posaron sentados bajo el friso de los altares de piedra,
asentando sus cuerpos rechonchos en el interior de una
[concha de poder.
Nube de tábanos y de grandes y gordas moscas de alas
[azules

rezumbando sobre la cabeza del predicador, sobre la
[boca del poeta,
sobre el manto estriado por la sangre de los esclavos;
una corona de tábanos y moscas sobre el nombramiento
[del mundo.

Todo duerme, todo se nutre de su propio abandono,
en el centro de la inmovilidad reside el verdadero
[movimiento.
El poder de la selva y el poder de la lluvia,
la garra del inmenso verano posada sobre el pecho de la
[tierra,
el pantano como una bestia dormida en los alrededores
[del sol;
todo come aquí su tajo de destrucción y delirio,
la luz se hace negra al quemarse a sí misma,
el cielo responde roncamente, el rayo cae como todo
[ángel vencido.

Mirad las cabezas de piedra bajo la lluvia
o bajo el hacha deslumbrante del sol como un verdugo
[embozado en oro.
Mirad los rostros de piedra en el campamento de la
[noche,
en la descomposición de la gloria, en la soledad de la
primera pregunta y en su retorno después de la segunda.
Mirad las cabezas de piedra,
máscaras que ocultan su clave divina, su organismo
[atajado por el silencio.
Mirad los rostros de piedra junto a la boca impía del
[pantano.

Aquí están,
aquí donde no representan ni señalan.

Aquí los triunfadores y los esclavos y el gemido del
[anciano y la primera sangre de la doncella
están ya confundidos en una sola masa, en un solo
[bocado que mastica la piedra indefinidamente.
Piedra caída en el agujero del sueño no por su propio
[peso
sino por el peso que la realidad obtuvo del sueño.
¿Cuándo hizo la vida ese gesto poderoso?
¿De quién fue esa boca a cuya sonrisa una araña se
[mezcla minuciosamente?
¿Ante quién hizo la vida esta mirada hoy muerta? ¿Qué
[ojos humanos la llevaron a término?

Éste es el rostro, éste es el cuerpo,
la carne que se hizo piedra para que la piedra tuviera un
[espejo de carne.
Animada por un soplo de piedra, la imagen de la piedra
[le dio nuevo peso a la carne;
y así se oye el peso de otro silencio y el peso de otra
[imagen en la actitud inmóvil del caimán;
aquí está la piedra despuntando en la carne,
aquí esta la muerte eructando la piedra mientras hace la
[digestión de la imagen.
La piedra, la piedra, la piedra,
la piedra siempre agazapada
al final de todos los gestos de la carne del hombre.

III

Rompe el porvenir sus diques de estatuas,
lama que se extiende como un hormiguero verdinegro
[sobre la sapiencia de los altares devastados,
en el salitre de los muros derruidos aparecen la sombra y
[el olor de la bestia,

entre el cieno de las inundaciones
los pejelagartos vuelven estúpidamente la cabeza hacia la
[eternidad
y comen bajo el brillo del sol en sus costados negros.

Nadie pasa, nadie sigue adelante en el reino de tanto
movimiento, en la basura de tanta vida, en la creación
de tanta muerte.

Dioses dispersos entre las altas yerbas,
restos divinos de un festín humano bajo las hojas
[enormes del quequeste.
Ya no quedan palabras ni flechas ni la percusión de las
[maderas,
ni llamados de caracol ni brillo de puntas de lanzas,
sólo estas cabezas como flores monstruosas, erupciones
oscuras y apagadas.

Ahora la verdad aparece con el zopilote,
sus alas negras baten como una lengua negra sobre el
[silencio de las cabezas de piedra,
y en el ruido de ese aleteo
aparece el nuevo lenguaje,
las frases de la carroña al quitarse su máscara de esclava.

Llueve
y la lluvia es el mito sangrante y blanco de todos los
[dioses muertos.
El agua escurre sobre las negras cabezas como una
[palabra perdida de lo que dice,
y después de la lluvia
los pájaros caminan otra vez por el cielo como vigías
[olvidados,
mientras se abren las puertas del amanecer
con un rechinar de goznes enmohecidos.

IV

Se abre la noche como un gran libro sobre el mar.
Esta noche
las olas frotan suavemente su lomo contra la playa
igual que una manada de bestias todavía puras.

Se abre la noche como un gran libro ilegible sobre la
[selva.
Los hombres muertos caminan esparcidos en los
[hombres vivos,
los hombre vivos sueñan apoyando las sienes en los
[hombres muertos
y el sueño contamina de piedra a sus imágenes.

Se abre la noche sobre ustedes, cabezas de piedra que
[duermen como una advertencia.

Se detiene la luna sobre el pantano,
gimen los monos.

Allá, a lo lejos, el mar merodea en su destierro,
[esperando la hora
de su invencible tarea.

Diciembre 1964-noviembre 1965

EL HALCÓN MALTÉS

A Carlos Monsiváis

Ahora, cuando tus sistemas de flotación se han reducido
[a tus retratos,
a las vías por donde vas desapareciendo de ti mismo,
[borrándote de aquello que querías;
a tu resurrección le crece el mismo musgo que a tu cuerpo
[invisible atrapado por la visibilidad de tu retrato, y todo
[aquello
que pensaste que amabas o simplemente odiaste de paso,
resplandece de nuevo fuera de ti en la piedra angular de
[otro escalofrío,
mientras alguien que cruza la puerta de salida de tus
[retratos, siente cómo la noche rebosa tu muerte en uno
[de esos bares situados
en el subsuelo de cualquier viejo edificio de la Tercera
[Avenida
al mismo tiempo que en otro lugar vuelven a encenderse
los reflectores que te iluminaban
o acopiaban la sombra de alguno de tus gestos, de tus
[meditados descensos al infierno,
donde el olor de la pólvora recubría a la figura que emerge
[del espejo
frente al cual disparabas tu pistola.

Reconstruyendo, pues, lo que te iba rodeando,
lo que ibas rodeando con la misma sobriedad de que se
[vale un alcohólico
para rastrear la soga de su miedo,
valiéndote del polvo que en tu mirada iban depositando
[los puñetazos
y la confusa humedad del amor;
el vaso de whisky en el centro de lo que callabas,

el viaje de la noche que alguno de aquellos reflectores
[reproducía en tu rostro,
el frío cañón de una 38 automática apoyado en la boca
[del estómago mientras la boca de la nada parecía
[mordisquear el cañón,
y esa mujer de larguísimas piernas y rostro anguloso y
[voz recién salida del amor o simplemente del humo
[de un cigarro,
contemplándote desde la penumbra del bar,
mientras era en su cuerpo donde el infinito desmadejaba
[el laberinto
que sustituye a veces al disparo de una pistola.

Ah sí, lo que tú codiciaste;
aquello que dejabas que tu rostro inventara,
aquello que no pasaron por alto tus puños y tu pistola,
[tu mueca y tu sonrisa interminablemente mezcladas,
obsesionadas la una de la otra como dos locos puestos a
[tu servicio.
Sí, nada quedó de aquello
y tampoco de aquel despacho desde cuya ventana
podían mirarse, entre los rascacielos, los muelles de San
[Francisco.

Eran tus caprichos de luchador derrotado, era tu burlona
[mirada,
eran los espacios ocultos donde no cesabas de cicatrizar,
en cualquiera de aquellas escenas donde estabas a punto
[de cerrar la puerta a tus espaldas anulándolo todo;
con el rostro magullado por los golpes y por las patadas,
buscando tú también aquel *Halcón Maltés* en el que
[nunca creíste,
porque tal vez era de mala suerte para encontrarlo creer
[en él,

o porque quizás la esperanza te hubiera conducido más
[rápidamente a esa derrota
que, pese a todo, nunca esperaste.

Sí, todas aquellas,
enfundadas en sus medias de seda,
enfundadas en su ronda de carne cuya espuma es
[necesario detener,
en sus vacíos de botella encontrada en el mar sin el
[imaginado mensaje,
todas aquellas se perdieron en otras que ya no te
[contemplan ni te esperan,
imágenes donde la penumbra de la sala de cine
[construye su nublada y salitrosa reunión,
allí donde el dolor corrompe al asombro.

Ah, qué viejo, pero qué viejo se ha vuelto ese ring
donde tanto luchaste,
qué cansado se ha vuelto aquel heroísmo,
cuántos pasteles se elaboran con ello, y ya nadie
se los estrella a nadie en la cara como tú sabías sutilmente
hacerlo.

Pero observemos con atención ese ring vacío,
evitando la luz universal de los reflectores, observemos
esa blanca superficie vacía. Observemos,
simplemente los dados echados sobre esa superficie o
[mesa de juego,
simplemente los dados echados,
y los jugadores que acaso queden, ocultos
en la sombra, mirando los dados.
Y en esa inmovilidad, que es además la única explicación
[del movimiento, el único molde del movimiento;
podremos sentirte a ti desapareciendo,
abandonado por tus sistemas de flotación y transcurso;

desapareciendo sin cesar por todos los límites y las
colocaciones de esa mesa o superficie que va a
[iluminarse,
a una distancia infinita de esa mesa
donde el movimiento vuelve a comenzar sin que el
[molde desaparezca por ello.
A una distancia infinita del ruido donde esos dados
[repiten la jugada,
asociando otra vez los hundimientos del sueño
con la suma donde los dados crían
ese vacío adherido a lo que va apareciendo.

Atrapado por el agujero en que te has convertido,
sin poderte salir vas pasando a través del ruido de esos
dados que siguen rodando por la mesa cuando tú ya te has
[levantado,
cuando sólo derivas hacia el lugar donde el vacío se hace
[visible;
a una distancia infinita de esa mujer que canta un viejo
[fox, *Night and day*, por ejemplo,
junto al piano de un bar
—si es que dicha escena puede repetirse—
a una distancia infinita de esa canción y de esa voz
[elaborada "con lo mismo que se fabrican
los castillos en el aire..."

LA PRUEBA DE DIOS

Si el recuerdo es una similitud respecto a algo, el hábito
[hace al monje,
podemos estar aquí mientras no apaguen la luz y nos
[vean escondidos detrás de las sillas llamándonos con
[nombres que nunca fueron supuestos, Narda o
[Mandraque sirviéndonos de los instrumentos que no
[puedo mencionar sin ruborizarme.

Apagar la luz es al hábito lo que el monje a la objetivación
[temporal de escondernos detrás de las sillas del
[comedor buscando en no sé qué fracaso la emoción
[embriagante de haber llegado tarde cuando la ternidad
[se cansó de esperarnos.

Quedaba la prueba de Dios todo el santo día, abriendo la
[puerta durante la escasez de la prueba ontológica
porque comúnmente expresábamos la incertidumbre del
[sistema resultante de llamarnos con nombres
[supuestamente eternos.

Así surgía lo inmediato intercambiando nombres y luz
[apagada, del mismo modo que el concepto, será posible
[que alguien venga, Narda, que alguien esté aquí de
[pronto, tú, por medio del hábito de la evocación,
por medio del sentimiento del tacto será posible que
[hablemos más profundamente todavía si la luz
[encendida procede de las cosas que no se aproximan al
[máximo de sus representaciones,
¿y en este sentido la luz está constituida por el hábito?

En el límite de aquella luz apagada, la prueba de Dios
[venía a confundirse con la incertidumbre del sistema
[resultante mientras aguardábamos escondidos yo y tú,
[Narda, a que alguien nos descubriera en el mundo que
[nos rodea.

EL ESPEJO DE PIEDRA

Detrás de la iglesia de Santiago-Tlatelolco,
los cuchillos de jade hallaron su visaje ceremonial en
[boca de las ametralladoras.

Detrás de la iglesia de Santiago-Tlatelolco, Nuño de
[Guzmán oró ante Huitzilopochtli
y le ofreció el sacrificio.

Detrás de la iglesia de Santiago-Tlatelolco, descubrieron
[aterrados que otra vez existía ese país,
aquel que ellos creyeron sepultado
bajo el jade y las plumas y los estípites y los palacios de
[Adamo Boari y los desayunos en Sanborn's,
de su oportuna y mestiza retórica.

Detrás de la iglesia de Santiago-Tlatelolco, treinta años
[de paz más otros treinta años de paz,
más todo el acero y el cemento empleados en construir
[la escenografía para las fiestas del fantasmagórico país,
más todos los discursos,
salieron por boca de las ametralladoras.

Lava extendiéndose para borrar lo que iba tocando, lo que
[iba haciendo suyo,
para traerlo a la piedra del ídolo nuevamente.

¿Pero lo traje de nuevo a la piedra del ídolo?
¿Pero tantos y tantos muertos por la lava de otros
[treinta años de paz,
terminarán en la paz digestiva de Huitzilopochtli?

Se llevaron los muertos quién sabe adónde.
Llenaron de estudiantes las cárceles de la ciudad.

Pero al jade y a las plumas y al estofado de los estípites y
[a los nuevos palacios que ya no construyó Boari, y a los
[desayunos en Sanborn's,
se les rompió por fin el discurso.
Y cuando intenten recoger esos fragmentos de ruido para
[contemplarse,
encontrarán en ellos solamente
a los muertos hablándoles.

A treinta años de paz —como a otros treinta años de
[paz—,
más todo el acero y cemento empleados en inventar la
[sombra de un país,
más a todos los discursos y los planes de negocios
[dulcemente empapados
por el olor de los desayunos en Sanborn's,
se les rompió, de pronto, el espejo.

Se apostaron como siempre detrás de una iglesia,
poco importa si laica o religiosa,
y otras "Noches" y otras "Matanzas",
vinieron en ayuda de ellos.

En la Plaza de las Tres Culturas,
el "Cacique gordo de Zempoala" y don Nuño de Guzmán
[y el anciano general perfectamente empolvado,
descubrieron que en realidad eran uno solo, porque
[secretamente siempre
desearon parecerse a Limantour.

Después de haber desayunado juntos en Sanborn's,
el "Cacique gordo de Zempoala" y don Nuño de Guzmán
[y el anciano general perfectamente empolvado,
en la Plaza de las Tres Culturas, escucharon
—ya uno de los últimos conciertos—
el vals *Dios nunca muere*.

NAPALM

Imágenes de tiempo pondrán marco a las ruinas de la
[casa incendiada después de la escaramuza,
cuidando que los niños sufran sus quemaduras sin que
[sus ojos crezcan en el fuego,
entonces cuando menos cerrar el periódico,
desechar esa foto en el desayuno al hablar del contrato.

Problema de combustible, napalm, lepra de fuego.
Humanidad hacendosa, buenos días, una producción
diaria, un contrato que beneficie a todos,
porque se trata de obtener beneficios para todos.

La gran preocupación sorbe preliminares,
se afeita en las axilas el sudor que sale sobrando.
La construcción subterránea de la imaginación
[descorrerá sin verla su otra cortina, esperando
que el primer disparo rebote de niño en niño durante el
[desayuno,
durante el paracaídas de que te hablaba, para dormirse
[de que te hablaba,
durante la jaula de la escapatoria, durante el sabor del
café, durante la memoria que tejía arañas sin riesgos
[no calculados para las heridas leves.

ISAÍAS 33

Ay de ti que saqueas
y nunca fuiste saqueado.
Paladeaste la sed y el hambre de los demás,
has ofuscado y quebrantado.
Así has oído el rumor de tus pasos: caminando
como si aplastaras insectos.

Te construiste una habitación muy confortable
en el piso más alto de tu idea sobre el mundo.
Dios habitaba tus pecas, tu buena salud,
tu alacena bien provista de respuestas para todo.

Complaciste tu boca en tu discurso a los demás,
pero sólo veías tus ojos azules
y tus cabellos como el trigo:
también nos impusiste tu belleza.

Pero ya no puedes volverte, vaciaste
la cornucopia del mundo sobre ti mismo.
Y ahora tu voluntad va perdiendo firmeza,
por tu voluntad se arrastran pequeños gusanos.
Resbalarán tus botas pegajosas de sangre.

Atila,
allí donde pisas
florece los muertos para combatirte.
Remember Vietnam.

Remember.

[Diciembre de 1969]

[el ahogado]

un gancho de hierro
y se jala,
su expansión lo desmiente al subir
el agua que le chorrea
lo
mueve
de
los
hilos
de su salida al escenario

en el muelle los curiosos
miraban ese bulto
donde los ojos de todos esperaban
el pasadizo extraviado del cuerpo
gota a gota el cuerpo caía
en el charco de Dios,
alguien pidió un gancho de hierro
para subirlo,
cuidado —dijo uno de los curiosos—
la marea lo está metiendo debajo
del muelle,
un gancho de hierro
había que sujetarlo con un gancho
había que decirle algo con un gancho
mientras el sucio bulto flotante
caía
gota
por
gota
desde la altura donde lo desaparecido
iba a despenar una piedra sobre nosotros,

VAMOS A HACER AZÚCAR CON VIDRIOS

Vamos a hacer azúcar con vidrios
cuando la luna empolle en la ventana.

Vamos a hacer azúcar con vidrios
cuando los ricos se quejen de lo malo que están los
[negocios.

Vamos a hacer azúcar con vidrios
cuando el sueño se te quede sin fuerza en los ojos.

Vamos a llorar a los muertos que fueron condenados a la
[resurrección.

Vamos a decir un acertijo
que sólo la noche nos pueda contestar.

Pon atenta la mirada para atrapar al insomnio
fuera de los ojos.

Pon atento el oído para atrapar al silencio
cuando se haya salido de la boca.

Vamos a navegar en barcos capitaneados por la Miseria
para poder llegar al puerto de los obreros,
al doloroso aceite de las máquinas.

Vamos a llorar hasta que el lirio
reconozca el error de su blancura.

Vamos a patear a todos los gordos prósperos del mundo.

Vamos a romper los vidrios de las ventanas
como lo hicimos de niños, ¿te acuerdas?

Vamos a limpiarnos un poco lo que somos
con el agua pura de la indignación.

Vamos a gritar hasta que los tímpanos de Dios
o de quien sea, revienten.
Hasta que el corazón se nos sitúe en la mano
como una piedra.

Vamos a gritar, vamos a gritar.
Garganta, encomiéndate al grito.
Puño, encomiéndate al golpe.

Abril de 1959
(después de la Huelga Ferrocarrilera).

PEQUEÑO MUERTO

Alberto Becerra Ramos.
(Mayo-septiembre de 1944)

Tienes catorce años de edad, años acumulados
uno debajo de otro, metidos en la boca de la tierra,
vestidos de no sé qué rincón,
años inolvidables en tu olvido.
Has crecido en otro lado y por eso no sabes
cómo nos queda esto de la vida,
y en qué forma nos comemos el silencio de ustedes.

Te han comido en otro lado y por eso no sabes
tomar en cuenta el alba, combatir con tu miedo,
avizarar los ojos en miradas no dadas,
arrastrarte por tu cuerpo olfateándote el alma
o la resurrección, oír la sangre
y ver la noche desde alguna tarde.

Porque la vida donde tú estuviste por tres meses
fue tan pequeña que no te la tocó nadie,
ni las palabras, porque aún no sabías hablar.
No te diste cuenta de dónde estabas
y qué bueno que así haya sido, porque entonces
ya te habrás olvidado de tu enfermedad que era
más grande que tú —cualquiera hubiese pensado al verla,
que era de un adulto—
y de la pequeña caja donde te guardaron
para protegerte no recuerdo de qué.

Catorce años tienes, y pienso
lo injusto que es quitarle a alguien catorce años
cuando sólo posee tres meses, porque

¿de dónde va uno a sacar lo que no tiene,
si no es de la muerte?
¿Y cuál es ahora tu nombre de catorce años?
Tal vez sea nuestra madre la única en saberlo,
ella sigue hablando de ti como escribiendo cartas
que ya nadie lee. (La semana pasada
fue como si un oscuro Correo le hubiera devuelto
una carta con el siguiente sello:
“Cambió de domicilio”.)

Entonces hermano ¿qué hacemos por ti?
Tu último recurso es nuestra memoria,
tu recuerdo aferrado a nosotros como un naufrago.

Sí, anduviste entre los dientes de aquella enfermedad,
tu llanto se veía muy chiquito junto a ella tan grande.

Algunos, si mal no recuerdo, pensaban
que no sufrías tanto porque no comprendías que sufrías.
Por eso te guardaron los que urdieron tu vida;
no sé si Dios, no sé ni quién,
tal vez nosotros; tus papás, tus hermanos
que como tú no mordíamos, porque vivíamos entonces
en el país de la primera dentición.

Y hoy tu corazón y tu nombre, acta de nacimiento y
[bautizo
—delito y su absolución, según dicen los enterados de
[ello—
no son tuyos porque tú no estás,
porque no tienes espacio donde maldecir o cosechar;
si ni siquiera sabes en qué árbol creciste
ni cómo te cortaron.
Por eso nada te pertenece, todo lo tuyo es nuestro
por compasión a ti y a nosotros.

¿Y a qué decir más datos si tu muerte es el dato?
¿A qué jugar con huesos si la muerte es un hueso
difícil de roer?
Tu muerte es como una niña que te acompaña a todas
[partes,
a todos los recuerdos que te invitan
a pasar el día con ellos.
Estás en tu paz; tu silencio nos dice que no tienes silencio,
la digestión del tiempo; que no padeces huesos ni
[memoria.

Estás guardado en tu muerte,
conservado para la eternidad sin ti.
Destruído dulcemente,
dormido en el regazo de una sombra que no existe;
tu cuerpo casi frío en nuestra memoria,
no asaltado por sueños.

Septiembre de 1958.

LLÁMAME POR TELÉFONO

Llámame por teléfono a la tarde.
Marca ese número que se parece tanto a un corazón.
Marca el número de lo que has olvidado,
marca la suma de lo que se ha ido;
y llámame como si pudieras llamarme,
como si yo pudiera contestarte desde un teléfono
[cualquiera,
como si te comunicaras con tu infancia.

Un número donde puedas oír que ha habido tardes
destinadas a recordarte,
que mi tristeza aún te quiere a veces.
Sabrás entonces lo que me gustaban tus senos pequeños,
tus caderas un tanto estrechas
y tus piernas que caminaban de prisa
como si presintieras
que habías llegado tarde...

Llámame a la tarde por teléfono,
a cualquier número cuyas cifras sumen un corazón.
Llámame como cuando tu madre
no te dejaba ir al cine conmigo.
Con las canciones entonces de moda,
con tu pañuelo que se sudaba entre tus manos,
con el terror a no hacer "cosas malas", llámame.

Un recuerdo tuyo puede ser ese número olvidado,
la llamada de esa desconocida, que ahora necesito.

Llámame por teléfono a la tarde,
a la calle donde vivías entonces.
Muchacha tonta, chiquilla flaca,
llámame a tu corazón esta tarde.

ÍNDICE

Prólogo.....	9
Blues	17
Esa mano	19
El otoño recorre las islas	22
La hora y el sitio	23
El ahogado	27
Oscura palabra	28
Declaración de otoño	36
No ha sido el ruido de la noche.....	39
La otra orilla	41
La corona de hierro	46
Sentado en una piedra	51
La Venta	53
El halcón maltés	62
La prueba de Dios	66
El espejo de piedra	67
Napalm	69
Isaías 33	70
[el ahogado]	71
Vamos a hacer azúcar con vidrios	72
Pequeño muerto	74
Llárame por teléfono	77

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

Manuel Andrade Díaz
Gobernador Constitucional del Estado

Máximo Evia Ramírez
Secretario de Cultura, Recreación y Deporte

Manuel Rodríguez González
Subsecretario de Cultura

Jorge Priego Martínez
Director Editorial y de Literatura

Esta primera edición de **LA HORA Y EL SITIO**, se terminó de imprimir el día 21 de agosto de 2006 en Imprenta Yax-ol, S.A. de C.V. Calle: Corregidora Josefa Ortíz de Domínguez No. 121 Col. Centro Tel. (01937) 372 14 16.

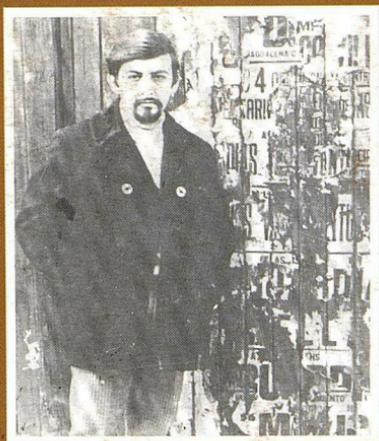
Se usó para los textos, el tipo de letra Georgia de 12 a 20 puntos. Se tiraron 1500 ejemplares en papel cultural de 90 g con forros en cartulina couché mate cubierta de 255 g más ejemplares para reposición. La edición estuvo al cuidado de Jorge Priego Martínez.



RED NACIONAL DE BIBLIOTECAS
PÚBLICAS

906179
FI/861M/B103/H907/ES-2
BECERRA, JOSE CARLOS
LA HORA Y EL SITIO : ANTO

216091



COLECCIÓN ANTOLOGÍAS

José Carlos Becerra Ramos nació en Villahermosa, Tabasco, el 21 de mayo de 1936. Desde muy pequeño escribía relatos de aventuras que él mismo representaba. En 1953 obtiene el primer lugar en un concurso estatal a nivel preparatoria, con su excelente "Apología de Hidalgo".

A partir de 1954 publica en la prensa de Villahermosa cuentos y artículos varios. En un concurso estatal de cuento, celebrado en 1956, obtiene el tercer lugar con "El ahogado".

Después, José Carlos encuentra su verdadero camino, el camino iluminado de la poesía. "La Venta", "Oscura palabra" y "Relación de los hechos" bastan para colocarlo en un sitio de honor en la poesía iberoamericana contemporánea.

Por su obra de gran calidad, obtiene la Beca Guggenheim, que le permite viajar a Europa; allí, cuando se dirigía a Grecia, fallece en un accidente cerca de Brindisi, Italia, el 28 de mayo de 1970.

Gran parte de su obra poética fue recopilada en el titulado *El otoño recorre las islas*.